

¿Terratenientes? Características de los patrimonios y de los patrones de acumulación de los mayores propietarios rurales de Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX

Roy Hora
Departamento de Humanidades
Universidad de San Andrés/CONICET

I. Introducción

El estudio de las elites económicas republicana en el Río de la Plata comenzó a tomar forma hace ya casi medio siglo, gracias a las contribuciones de Tulio Halperin Donghi. En un ensayo ya clásico dado a conocer en 1963, este autor afirmó que la revolución de independencia y el libre comercio crearon condiciones favorables para la consolidación de un poderoso grupo de grandes propietarios rurales, que en el curso de unos pocos años se constituyó en el sector dominante de la sociedad rioplatense. Hasta entonces, los intereses de la elite económica eran eminentemente mercantiles, y giraban en torno al tráfico entre los puertos españoles y los centros mineros del Alto Perú (del que desde mediados del siglo XVIII Buenos Aires era el nexo inevitable). La guerra de independencia y la apertura del Río de la Plata al comercio libre sometieron ese mundo económico a grandes tensiones. Mientras muchos comerciantes coloniales no lograron impedir que sus fortunas se derrumbasen bajo el peso de la crisis del orden mercantilista y de las duras exigencias que imponían la apertura al mundo atlántico y la intensa presión recaudadora del Estado republicano, algunos sobrevivientes de este grupo comenzaban a girar capital hacia la producción rural para la exportación, que empezó a ganar dinamismo gracias a la liberalización del comercio exterior. Según este argumento, el arribo de comerciantes del Atlántico norte (en su mayoría británicos) que poseían estrechos contactos con los centros mundiales de la Revolución Industrial y que se caracterizaban por una agresiva conducta comercial provocó el desplazamiento de muchos comerciantes nativos de la esfera de la circulación, contribuyendo de esta manera a acentuar este proceso de agrarización de las bases económicas de la elite (Tulio Halperin Donghi, 1963).¹

En un trabajo publicado en 1976, Jonathan Brown puso en duda algunos aspectos de esta interpretación. Este historiador argumentó que si bien los comerciantes

¹ Para un análisis perceptivo de la contribución de Halperin Donghi, véase Fradkin (1997).

nativos del período independiente temprano debieron ceder posiciones en el comercio de importación-exportación que creció al calor de la apertura al comercio atlántico, de todas maneras lograron mantener bajo su control una amplia gama de actividades dentro de la esfera de la circulación, en particular en el comercio interno y el transporte. Para hacer negocios en el Río de la Plata, los hombres provenientes del Atlántico Norte, afirmó Brown, debieron apoyarse en una estructura de comercialización interna dominada por comerciantes nativos (Brown, 1976:605-29).² El énfasis en la capacidad de los capitalistas nativos para adaptarse al nuevo escenario surgido luego de la ruptura con España, sin embargo, no fue obstáculo para que, en su principal contribución a la historiografía sobre el período, Brown suscribiera enfáticamente la visión que señalaba que el vuelco de estos empresarios hacia la producción rural había sido muy profundo. Y a pesar de que ofreció estimaciones más modestas (y a la vez más precisas) sobre la rentabilidad de la actividad ganadera que las que eran corrientes hasta entonces, de todos modos concluyó suscribiendo la visión que señalaba que desde la década de 1820 la producción rural se constituyó en la gran fuente de ingresos de la nueva elite socioeconómica criolla (Brown, 1979).

De este modo, el estudio de Brown, aunque innovador en muchos puntos, finalmente terminó corroborando la interpretación que concibe a la elite socioeconómica porteña como un empresariado cuya cumbre adquirió un neto perfil terrateniente en las décadas que sucedieron a la ruptura con España. Aunque fundada en una multiplicidad de fuentes, esta interpretación ganó sustento gracias a numerosos estudios que han mostrado que la inversión en el sector agropecuario se volvió habitual entre los grandes capitalistas porteños del período independiente. La importancia de esta comprobación se advierte cuando recordamos que durante el período colonial los miembros de la elite económica se habían mostrado renuentes a colocar capital en emprendimientos rurales; por este motivo, el énfasis en la inversión agraria que se advierte luego de 1810 resulta particularmente significativo. Es importante señalar, sin embargo, que la constatación de este vuelco hacia la tierra hasta ahora no se acompañó por una evaluación precisa acerca de la importancia de estas inversiones rurales respecto del patrimonio extra-agrario de los capitalistas del período. Al concentrar su

² En un estudio menos ambicioso, pero igualmente revelador, Karla Robinson sugirió que la “presión de la competencia británica” no logró desplazar del todo a los comerciantes de origen español o criollo, que en la segunda mitad de la década de 1820 constituían una parte sustancial de la comunidad de comerciantes mayoristas de Buenos Aires (Robinson, 1979:120-6). Véase también Marichal (1986).

atención en los aspectos más novedosos de este proceso de cambio económico, los autores enrolados en esta corriente de interpretación prestaron poca atención a las estrategias que los nativos pusieron en práctica para mantener sus posiciones en otros terrenos, y más bien tendieron a afirmar que los empresarios urbanos que invirtieron en el sector rural dejaron completamente de lado los negocios en los que habían incursionado en el pasado. Quienes suscriben estas hipótesis han partido de la premisa de que la rentabilidad de la inversión rural era más alta, y por tanto más atractiva, que la que predominaba en otros sectores de la economía. Sin embargo, la exploración de este punto, que inevitablemente obliga a un estudio de rentabilidad comparada, no ha sido abordada en todas sus implicancias. En consecuencia, lejos de ofrecer una imagen precisa sobre cómo las características del vuelco de los grandes capitalistas hacia la producción rural, nos encontramos ante una visión que, aunque extendida, todavía presenta facetas desconocidas.

No sorprende, por tanto, que en los últimos años algunos aspectos de esta interpretación hayan sido objeto de revisión. Desde la perspectiva que nos interesa explorar en este trabajo, resulta pertinente señalar dos puntos. El primero se refiere al lugar de los grandes propietarios en la sociedad rural, y por extensión, a su contribución a la generación del excedente agrario y la expansión de la economía de exportación. Tradicionalmente se afirmó que la gran estancia ganadera constituyó el único impulsor del crecimiento de la producción rural en la pampa en la primera mitad del siglo XIX. Algunos trabajos recientes, sin embargo, han demostrado que esta hipótesis, que describe a la sociedad rural pampeana como un mundo social y productivo muy polarizado (compuesto por gauchos y estancieros) debe revisarse. Diversos estudios de historia demográfica han señalado que una miríada de pequeños y medianos productores, muchos de ellos dueños de ganado, e incluso a veces de tierra, desempeñaron un papel igualmente decisivo en el proceso de crecimiento de las exportaciones rurales pampeanas, que guarda continuidad con el que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XVIII (un momento en el cual, por cierto, el gran capital se hallaba ausente en el sector rural). El hecho de que la expansión de la producción rural en la primera mitad del siglo XIX haya tenido lugar en un marco signado por la abundancia de tierra y la escasez de fuerza de trabajo sugiere que, como en toda sociedad de frontera, y a pesar de la indudable expansión de la gran propiedad terrateniente, los miembros de las clases subalternas continuaron disfrutando de un

importante grado de independencia social y productiva. Gracias a su peso demográfico y su control sobre recursos, las clases subalternas rurales se constituyeron en motores decisivos del crecimiento de la economía de exportación. En síntesis, el ingreso más pleno de nuevos sujetos subalternos dentro del campo de visibilidad de la historiografía rural rioplatense ha permitido calibrar mejor la importancia de los grandes propietarios. Antes que impulsores exclusivos del proceso de crecimiento agrario que tuvo lugar tras la ruptura con España, éstos ahora aparecen como protagonistas de una obra que involucra una multiplicidad de actores de reparto, que en conjunto resultan tantos o más relevantes que los grandes terratenientes.³

En segundo lugar, al desplazar a los grandes terratenientes del lugar de motores exclusivos de la expansión ganadera, los estudios recientes han abierto un camino que permite encarar exploraciones más complejas sobre las estrategias de inversión del gran empresariado republicano. En los últimos años, algunos autores han señalado que los nuevos propietarios territoriales surgidos tras la independencia estuvieron lejos de abandonar completamente sus emprendimientos mercantiles (Halperin Donghi, 1995). Trabajos recientes basados en el análisis de inventarios judiciales –una fuente muy confiable para el estudio de los patrimonios de los sectores propietarios en el siglo XIX–, han mostrado que el vuelco hacia la tierra entre los mayores capitalistas de Buenos Aires parece haber sido menos marcado (y menos irreversible) de lo que muchas veces se ha afirmado. En un estudio sólido e innovador, basado en el análisis de las fortunas de un conjunto de trece grandes capitalistas con intereses rurales fallecidos entre 1820 y 1850, Juan Carlos Garavaglia ha sugerido que el patrón de inversión dominante entre los grandes empresarios se caracteriza por la inversión simultánea en distintos terrenos de actividad. Según esta autor, algo menos de la mitad del patrimonio total de los estancieros que analizó se hallaba colocado en empresas agropecuarias. Además de sus inversiones rurales, estos capitalistas incursionaban activamente en esferas a las que la elite económica habían prestado atención relativamente marginal antes de 1810: renta urbana, emprendimientos financieros, etc. (Garavaglia, 1999; véase también Banzato, 2002).

No resulta sencillo ofrecer una explicación convincente de los motivos que

³ Véase, en particular, Gelman (1998), Mayo (1995) y Garavaglia (1999). La importancia de este fenómeno ya había sido percibida por Jonathan Brown en su trabajo de 1979. Para una discusión, véase Míguez (2000).

orientaron esta original conducta, y cada caso individual sin duda remite a circunstancias específicas. Sin embargo, la diversificación de activos parece relacionarse con el horizonte de incertidumbre que dominó a la economía rioplatense, y en particular a la producción agraria, en el primer medio siglo de vida independiente de la Argentina. Aunque de elevada rentabilidad, las bruscas oscilaciones que la actividad rural experimentó (consecuencia tanto de grandes calamidades naturales como de abruptas fluctuaciones de precios, mucha de ellas vinculadas a la inestabilidad institucional que signó a la región) la tornaron altamente incierta como única fuente de ingresos. Para adaptarse a un contexto cambiante y riesgoso, pues, los mayores capitalistas rioplatenses advirtieron la conveniencia de dispersar y diversificar sus activos. Según esta visión, el escenario en el que los empresarios del período post-independiente se vieron obligados a desarrollar sus emprendimientos estuvo marcado por una veloz expansión del sector rural (que creció a una tasa anual superior al 4 % entre 1810 y 1850), pero que, sin embargo, se vio repetidamente afectada por crisis y retrocesos. Dado este contexto, la conveniencia de mantener capital en esferas de actividad cuya rentabilidad no dependiese del ciclo rural era grande. La renta urbana, el préstamo y el comercio parecen haber sido, en este orden, las más importantes. No sorprende, pues, que los miembros de la elite económica que antes de 1810 habían hecho su fortuna en la esfera mercantil se resistiesen a abandonarla completamente. E incluso aquellos hombres que surgieron como grandes empresarios dentro del sector rural luego de 1810, y que no reconocían lazos previos con otra actividad, se ocuparon de girar parte de su capital hacia esferas más seguras. El escenario en el que debieron operar no puso mayores obstáculos a esta conducta: la economía rioplatense de los primeros dos tercios del siglo XIX carecía de grandes economías de escala y su tecnología era sencilla, lo que facilitaba mantener intereses simultáneos en distintas actividades. De hecho, el gran comercio de importación y exportación constituía quizás el único sector al que resultaba difícil ingresar, y en el que los comerciantes extranjeros gozaban de ventajas (acceso a crédito y contactos con los mercados del Atlántico norte) que los nativos no podían igualar. Factores singulares que no resulta sencillo ponderar al momento de generalizar, que remiten a la experiencia individual de cada empresario (vinculados a su trayectoria previa, sus destrezas específicas y su vocación por el riesgo) ofrecen indicios sobre el énfasis particular con los capitalistas coloniales, y los que se sumaron a ellos luego de 1810, se dispusieron a incursionar en distintos terrenos de actividad: algunos mantuvieron una mayor presencia

en el comercio y el préstamo, otros se volcaron más decididamente hacia los negocios rurales, otros apostaron en mayor grado a la seguridad que ofrecía la renta urbana, etc. Sobre todos ellos, empero, pesaron las fuerzas que moldearon el escenario económico post-independiente, invitándolos a dispersar sus activos, buscando combinar inversiones (en su mayoría rurales) de alta rentabilidad con otras que garantizaran seguridad. De acuerdo con estos razonamientos, pues, la elite económica post-independiente puede describirse mejor como un empresariado que poseía un patrón de inversiones diversificado con una fuerte base rural, que como un empresariado exclusivamente terrateniente. Sólo en el último tercio del siglo la metamorfosis de esta elite en un empresariado especializado en la actividad rural terminó de completarse (Garavaglia 1999; Hora, 2002 a y b; Hora 2003).

Un estudio reciente de Jorge Gelman y Daniel Santilli, basado en los registros de la Contribución Directa de 1939, aporta elementos que confirman algunas de estas hipótesis, pero las integra en un panorama que vuelve a presentar una imagen de conjunto que enfatiza motivos de la visión tradicional. En particular, señala que el giro hacia la inversión rural entre los capitalistas de la primera mitad del siglo XIX fue tan profundo y tan veloz como en su momento señaló Halperin Donghi. Según estiman los autores, para fines de la década de 1830 los 28 mayores contribuyentes de Buenos Aires poseía inversiones rurales por un valor equivalente, en promedio, a cerca de las tres cuartas partes de sus activos totales. El estudio señala, asimismo, que estos grandes capitalistas también contaban con inversiones urbanas por valor de un quinto de su patrimonio total. Estos grandes empresarios con intereses urbanos pero con una clara vocación rural convivían con otros, en general menos poderosos, cuyas fortunas poseían rasgos más sencillos, ya sea en sentido urbano y rural. Finalmente, también hacen notar la existencia de un grupo, integrado en su mayoría por extranjeros, que dominaba el comercio de importación y exportación, que conformaban la fracción más especializada de esta clase capitalista. Visto en conjunto, el panorama que resulta les permiten concluir que el proceso de ruralización de las bases de poder económico de la elite criolla se había completado en sus rasgos esenciales mucho antes de la caída de Rosas (Gelman y Santilli, 2004).

Si bien la fuente que Gelman y Santilli utilizan resulta algo más confiable que otras estimaciones fiscales previas, de todas maneras adolece de importantes

deficiencias, que en definitiva limitan su utilidad para avanzar en la comprensión de algunos aspectos decisivos de la historia del gran empresariado pampeano. En primer lugar, la Contribución Directa no ofrece información sobre las tenencias en dinero y los activos líquidos, y subestima sin duda alguna la importancia de los créditos en giro y el capital mercantil. En consecuencia, de la lectura de sus listas surge una visión simplificada del patrimonio y de las estrategias de inversión de los hombres de fortuna de Buenos Aires, que otras fuentes nos muestran muy activos en los negocios mercantiles y financieros en esa era de crédito prebancario. Nicolás Anchorena, que en el censo aparece antes que nada como un gran propietario rural, dejó al morir en 1856 créditos y efectivo por valor de un tercio, si no más, de su patrimonio total (Hora, 2005). En segundo lugar, nos encontramos con el problema de la calidad de las estimaciones del fisco, que se vuelve aún más complejo por las peculiares circunstancias en las que el censo de 1839 fue levantado (guerra civil e internacional, bloqueo del puerto, paralización de la actividad exportadora), que trajeron como consecuencia bruscos movimientos de precios.⁴ Gelman y Santilli muestran que el precio atribuido por el fisco al ganado (el ítem que en ese período todavía componía un porcentaje del valor de las empresas rurales rara vez inferior al cincuenta por ciento del total), se correspondía con los precios de mercado vigentes. El carácter de “equivalente general” de los vacunos y otros animales mayores, típico de una economía de exportación muy especializada en estos productos, debe haberse acentuado como consecuencia de la veloz pérdida de valor que el papel moneda sufrió a lo largo de ese año. Ello sin duda ayuda a explicar la correspondencia entre precios de tasación y precios de mercado del ganado.

Es menos seguro que lo mismo sucediera con otros bienes sujetos a contribución, y en particular con los inmuebles, cuyo precio de tasación (que se había mantenido largamente subvaluado), debía ser muy difícil de estimar en una economía que atravesaba una profunda depresión. A pesar de la importancia del punto para sus hipótesis, Gelman y Santilli no exploran si los precios de tasación de los inmuebles guardaban proporción con los precios de tasación de otros bienes, o con sus precios de mercado. Diversos indicios sugieren que ello no fue así y que la presión recaudadora se

⁴ En 1839, el Estado rosista enfrentaba la agresión de una fuerza naval francesa, que cerró el puerto de Buenos Aires al comercio internacional y ahogó las finanzas públicas. La necesidad de dotarse de recursos con los que afrontar esta agresión imperialista, que pronto encontró aliados locales que la acompañaron, lanzó al fisco en la cruzada recaudadora que dio origen a la revaluación de 1839.

hizo sentir con mayor fuerza sobre la producción rural, y en particular sobre la propiedad del ganado, que sobre la posesión de otro tipo de activos, muebles o inmuebles. Ello puede comprobarse simplemente observando las estimaciones sobre el valor atribuido a los bienes rurales (ganado, tierra, mejoras) del sector más poderoso de la muestra en cuestión, que alcanza a \$ 20 millones, y que le otorgan al ganado más del 70 por ciento del valor total. Todo lo que sabemos sobre la economía ganadera sugiere que esta cifra es exagerada, y que una estimación más realista difícilmente ubicaría el valor de los semovientes por encima del 50 ó el 60 % del valor total (el estudio de Amaral la coloca, para un conjunto de estancias de 1848-1850, por debajo del 30 %, aunque es probable que sus estimaciones resulten demasiado bajas (Amaral, 1998: 65-6). Algunas evidencias particulares refuerzan estos razonamientos. El ejemplo de los bienes de Tomás Manuel de Anchorena, que los propios autores señalan, es ilustrativo al respecto. Su estancia de Las Víboras, comprada en \$F 50.000 en 1828, fue tasada para el pago de la contribución directa en 1939 en \$F 21.500, de los que más del 90 % fue atribuido al ganado. Evidencias indirectas sugieren, sin embargo, que éste no superaba el 50 % del valor de la estancia (Hora, 2005 b). Mientras tanto, una de sus propiedades urbanas, adquirida por \$F 37.000 en 1836, fue tasada en apenas \$F 6.660. Es decir que el fisco le atribuyó a la estancia (y en particular al ganado) un valor mucho más alto (equivalente al 42 % del precio que poseía algunos años antes) que el que le asignó a su propiedad urbana (apenas un 18 % de su precio de compra). Casos como éste hacen sospechar de la confiabilidad de las fuentes fiscales. Ponen de manifiesto una distorsión en la imagen global que resulta de la Contribución Directa, que tiende a sobre-representar la importancia de los activos ganaderos y, en consecuencia, a exagerar la orientación rural de la elite.

A pesar de estas limitaciones, es importante señalar que la lista de mayores contribuyentes compilada por Gelman y Santilli constituye un aporte invaluable, pues representa el primer esfuerzo sistemático destinado a explorar quienes se ubicaban en los estratos superiores de la elite económica de Buenos Aires, y cómo eran sus fortunas. Para avanzar en el estudio de las características y trayectoria de este grupo, sin embargo, es preciso analizar este universo con mayor cuidado. Este objetivo no puede alcanzarse sin complementar y cotejar la información que surgen de las fuentes fiscales con las evidencias ofrecidas por fuentes más precisas y más confiables, dentro de las cuales los inventarios sucesorios resultan irremplazables. La confiabilidad de estas